

Jorge

Un día más, Jorge iba a la escuela. Con el paso del tiempo aquella fuente de aprendizaje, aquel templo didáctico y educativo se había transformado en su pequeño infierno personal. Durante las lecciones, él atendía y se envolvía en una atmósfera de conocimiento. Historia, filosofía, lengua castellana, inglés, química, física, matemáticas, todo. Le gustaba aprender, enriquecerse, realizarse.

Sin embargo, el sonido del timbre era su guadaña. Cuando el profesor desaparecía del aula, el mundo le caía encima. Había tenido la desgracia de aterrizar en una clase de desalmados, crueles bestias inhumanas que se pasaban el tiempo menoscabando su existencia. Todo empezó aquel día, aquel maldito día que Jorge tenía clavado en su mente: un empujón, sus gafas y libros al suelo y el sonido estridente de las risas que corroboraban aquella humillación, no hacía falta recordar nada más. Como toda buena manada, aquella también tenía un jefe. Alguien que carecía de compasión cuya presencia podía doblegar al mismísimo satanás, Raúl. Este era un chico fornido, alto, esbelto, deportista y atractivo. Jorge solo envidiaba una cosa de Raúl, su chica. Alicia era la maravilla de su mundo, encajaba a la perfección con la *descriptio puellae* de la que había oído hablar en su clase de literatura: cabello dorado, piel pálida, labios finos y rojos y mejillas sonrosadas. Su princesa, él pensaba que toda rosa tenía una espina y, por lo menos, en ese caso era cierto. Después de que el final del horario dejara un sabor agrisado en Jorge, a él siempre le gustaba hacer lo mismo. Llegaba a casa, se vestía con su pijama y se pasaba horas y horas leyendo en su cama. Una vez era Kafka, otras Dickens, otras la poesía de Góngora o Quevedo, pero siempre acompañado del saxo de John Coltrane. Esta era su rutina.

Jorge daba las gracias a Dios por haberlo dotado de aquella inteligencia, de aquella sabiduría y aquella pasión por el saber y a su vez lo maldecía por no haberle dado un físico mejor. Tenía unos ojos miopes y verdes, cabello oscuro, piel clara y un cuerpo raquítico. Cada día que pasaba deseaba poder contarle a alguien lo que él sufría, pero la falta de amigos y la cobardía eran sus verdugos. Por suerte, era su último año en el instituto y sabía con seguridad que aquel matón de poca monta iba a desaparecer de su vida en cuanto él fuera a la universidad. Por si fuera poco, Raúl era su vecino y el pobre chico tenía que soportar el dolor de verlo a todas horas con Alicia. La relación entre ambos estaba desgastada, y la pobre chica seguía con él por una mezcla de pena y miedo. Ya no era amor. La juventud había corrompido la inocencia de aquel pequeño monstruo con el tiempo. Jorge lo sabía todo sobre ellos dos, había presenciado sus peleas a gritos en la calle, había visto como él le había levantado al brazo a ella más de una vez y como aquella chica salía como alma en pena de aquel lugar a cada visita.

Un sábado noche, Jorge salió a tomar el aire, como solía hacer. Un sentimiento de curiosidad lo envolvió y quiso pasar por casa de Raúl para ver cual era el motivo de aquellos golpes que se oían. Alzó la vista hacia la habitación del chico y pudo distinguir dos sombras golpeándose mutuamente. Tras un grito seco de la chica, una furia llameante empezó a arder por el cuerpo del muchacho. Se hizo el silencio. La luz de la habitación se apagó y Jorge pudo distinguir el ruido de alguien bajando las escaleras. Raúl abrió la puerta de la calle y se sobresaltó al ver al chico parado en la acera. Jorge

preguntó dónde estaba Alicia, Raúl, sorprendido, le respondió que no había venido. En ese momento, Jorge se abalanzó sobre Raúl y lo apartó de un empujón subiendo las escaleras como una exhalación. Quedó estupefacto al ver el cuerpo de Alicia en el suelo, sangrando, al parecer después de haberse golpeado con el armario. Su sorpresa duró poco ya que escuchó a Raúl subiendo las escaleras. Antes de que este subiera por completo, Jorge le tiró una bola de cristal que había junto a la mesilla de noche, impactó de lleno en el chico y propició su caída, rodó hacia abajo y quedó inconsciente. Sin saber muy bien lo que había sucedido, Jorge llamó a la policía, pidió una ambulancia también.

Después de unas semanas, a Raúl lo detuvieron por intento de homicidio, Jorge quedó impune gracias al testimonio de Alicia y se convirtió en el héroe de una clase que lo había estado marginando durante muchos años. Su vida dio un giro de trescientos sesenta grados, pero Alicia seguía en el hospital recuperándose y Jorge no se atrevía a visitarla. Un día, vio a Alicia entrar por la puerta y ocupar el sitio que estaba a su lado, aquel lugar que había permanecido vacío durante tantos años. Sin más, Alicia dijo: “¿Sabes? Con esas gafas nunca me había dado cuenta de lo bonitos que son tus ojos. Muchas gracias por todo, Jorge.” El chico sintió una sensación de felicidad eterna y desde aquel momento, la amistad unió aquellas almas cándidas. La rosa se libró de su dragón, para ser cuidada por el más fiel de los jardineros.